

Amèlia Mora Sanromà

DIARIO

de una CHIFLADA



Lunes, 16 de septiembre

¿Alguien tiene una nave espacial con la que pueda escapar a otro planeta?

¿Alguien?

¿Nadie?

¡Por favooooooooooooor!

¿Qué voy a hacer? ¡Esto es PEOR QUE EL FIN DEL MUNDO!

Durante tres meses, he sido feliz porque:

He ido a la playa.

¡Me he puesto morena! (No ha sido gracias a mi madre, que todavía no ha descubierto que hay protectores solares que no te hacen parecer un merengue con patas).

He dormido hasta las tantas.

He mirado YouTube hasta que mis neuronas han empezado a suicidarse.

Ana y yo hemos bailado y bailado y bailado a lo loco. Bueno, Ana ha bailado con su estilazo, y yo he hecho el ganso.

Cada día he probado un sabor de helado diferente en la heladería que han abierto al lado de mi casa. La adoro, aunque deberían dejar de hacer helado de beicon. ¡Es vomitivo!

Y, sobre todo, he sido feliz porque no había clase.

Esta mañana, a las 8.30 horas, he celebrado mentalmente un funeral en honor a mi felicidad porque:

HA EMPEZADO EL INSTITUTO.



Ayer por la noche imaginé varias posibilidades de cómo sería nuestro primer día de instituto. Lo hice por si acaso, para estar preparada ante cualquier opción:

1. Ana y yo llegamos vestidas a la última, seguras de nosotras mismas, y nos sentamos juntas en la última fila. Todos nos miran, nos saludan y nos adoran.

Vale, esta era poco probable.

2. Ana y yo llegamos, nos quedamos en un rincón y todos pasan de nosotras. No molamos lo suficiente como para que nos vean. Somos las mujeres invisibles. Excepto para los profesores, que, para que no hablemos en clase, nos obligan a sentarnos en primera fila.

Triste, sí, pero muy probable.

3. Ana y yo llegamos, vestidas para la ocasión, y nos quedamos en un rincón. De repente, todos se giran y empiezan a lanzarnos huevos.

En principio, poco probable. Pero por si acaso hoy me he llevado un paraguas.

Pues por más opciones que hubiera imaginado,



nunca, nunca, NUNCA, habría adivinado lo que ha sucedido hoy.

Ana y yo hemos llegado y nos hemos sentado en un rincón de la clase. Hasta aquí, todo marchaba según la deprimente opción 2 (al menos, nos hemos librado de los huevos). La gran mayoría de los compañeros de clase me suenan del barrio o de las otras clases del colegio, pero nunca he hablado con ellos.

Y entonces, ha sucedido. Un grupo de diez chicos y chicas desconocidos ha entrado en el aula. Todos nos los hemos quedado mirando. Bueno, creo que todos la

mirábamos A ELLA, a la chica que iba en el centro del grupo. Se llama Gloria y entra en la categoría de los TGD (Tan Guapos que Deslumbran). Es como una estrella de Hollywood. ¡Es TAN perfecta! Incluso tiene la voz como aterciopelada, de esas que te apetece pasarte el día escuchando. Y además no ha tardado en demostrar que es superinteligente.

¡Qué rabia me da!

Pero quiero ser como ella.

Y que sea mi amiga.

¡Qué patética soy!

En fin, vuelvo al momento en el que el nuevo grupo ha entrado en clase. Silencio incómodo. Ana me pregunta bajito:



-¿Dónde van a sentarse? No hay sitio para todos.

La respuesta ha llegado al instante. Un señor con barba ha entrado en clase y ha dicho: «Hola, soy el director del instituto». Y después va y suelta:

-Sé que la gran mayoría ya os conocéis, pero dad la bienvenida a estos nuevos compañeros. En un principio tenían que ir al instituto La Lata (aquí todos nos hemos reído, ¡qué nombre más acertado para un instituto!), pero ha sido cerrado. Como sois demasiados, os vamos a dividir en dos grupos.

Las risas han parado de golpe. ¿Dividirnos? ¿Qué? ¿Cómo?

Entonces, el director ha leído la lista de gente del grupo A y la del grupo B. ¡ANA LA HAN PUESTO EN EL GRUPO A Y A MÍ EN EL B! Nos hemos mirado horrorizadas y hemos ido a suplicar al director que nos dejaran estar en el mismo grupo.

-No. Miradlo por el lado positivo: así haréis nuevos amigos.

Si hubiera dicho lo que pensaba en voz alta, me habrían expulsado. ¿El lado positivo? Yo creo que en algún momento al director se le cayó el cerebro por la taza del váter y ni siquiera se ha dado cuenta. Ana y yo estábamos sentadas en el rincón más alejado de la clase y hemos ido a suplicarle que no nos separara. ¿De verdad le resulta tan difícil ver que se nos da fatal hacer

nuevos amigos? Si me atreviera, ¡exigiría la dimisión del director!

Ana y yo nos hemos despedido como si no fuéramos a vernos nunca más. Definitivamente, ha sido un primer día de instituto horrible. Y un auténtico ROLLO, porque no tenía con quién hablar en clase. Me he pasado el rato dibujando en los apuntes y varios profesores me han llamado la atención.



Lo de dibujar no es falta de interés hacia lo que cuentan los profes (bueno, a veces sí). Es solo que, si tengo papel y bolígrafo delante, ¡no puedo resistirme! ¡Una fuerza invisible obliga a mi mano a ponerse a di-

bujar! Pero no es solo eso. Dibujar me ayuda a concentrarme, es como mejor presto atención en clase. Pero, cada vez que intento explicarlo, la gente me mira como si estuviera intentando venderles una silla de dos patas, así que hoy ni me he molestado en intentarlo.

En fin, si es que soy una pobre desgraciada.

Y encima, cuando he llegado a casa, no sé por qué he tenido la magnífica ocurrencia de contarles a mis padres que a Ana y a mí nos han puesto en grupos distintos. Mi madre ha dicho:

-Te entiendo tanto, cariño. ¡Menuda faena! Pero tú eres fuerte y estoy segura de que conseguirás llevar bien este inconveniente.

Mi padre:

-Ada, tienes que pensar esto: el primer día de guardería, después de pasarte meses pegada a nosotros las veinticuatro horas del día, te dejamos sola rodeada de otros bebés y adultos desconocidos. Si superaste esto, puedes con todo.

A veces me pregunto si de verdad es necesario tener padres. Total, solo dicen chorradas.

Al menos estoy en la misma clase que Gloria. Parece tan maja...